



UN NUEVO IMPULSO SOCIALISTA

Michel ROCARD

De Congreso en Congreso, después de unos cuantos años, nos hemos visto obligados a interrogarnos sobre nuestra identidad, maltrecha por la desaparición de referencias antiguas y trasnochadas. De Congreso en Congreso, después de unos cuantos años, nos hemos visto conducidos a interrogarnos sobre los cambios acelerados del mundo que nos rodea.

Hemos elaborado respuestas. Estamos aquí para debatirlas. Las consideramos adaptadas a la realidad de nuestro país y a los desafíos de los tiempos que se aproximan. Aunque estas respuestas hoy en día parecen no interesarnos más que a nosotros y ni siquiera a todos... No parecen suficientes para volver a situar a nuestro partido en el camino del avance.

Entonces, expongamos estas cuestiones de otra forma, observando la realidad de frente aunque sea penosa y a veces provocadora. Preguntémonos en el fondo de nosotros mismos, y haciendo abstracción de cualquier otra consideración: ¿qué razón tendría para votarnos un joven o una joven de veinte años?

El que hoy tiene veinte años, en 1981 tenía nueve. Nuestros veintitrés años de opo-

sición no han formado nunca parte de su paisaje. Nos ve, mucho más de lo que nos podemos ver nosotros, como los responsables gubernamentales constantemente en el poder y utilizados por él.

El que hoy tiene veinte años teme engrosar la nómina de los parados. Nos considera responsables de no garantizarle que evitará esa experiencia.

El que hoy tiene veinte años considera evidente el hecho de que el dinero estaba del lado de los socialistas, que detrás de todo cargo electo hay un procesado en potencia, y detrás de todo procesado hay un prevaricador.

El que hoy tiene veinte años duda de la eficacia de la política misma, y el hecho de que englobe a la derecha en este descrédito no nos supone ni un remedio ni un consuelo.

Me detendré aquí. Esta enumeración es profundamente injusta. Nos es odiosa y esta constancia me hace tanto daño como a vosotros. Pero, en conciencia, ninguno de nosotros puede negar que gran parte de la juventud del país nos ve así. Particularmente, no me gusta la autoflagelación más que a cualquiera de vosotros. Pero aún me gusta menos la política del avestruz que consistiría en pasar estas evidencias por alto con un pudoroso silencio. Sería tanto más ciego puesto que tenemos respuestas que proponer, si sabemos reencontrar el sentido del compromiso militante, el gusto por el tra-

La duración del trabajo es el único factor de equilibrio que permite reestructurar el empleo de forma duradera.

bajo directo, el entusiasmo por la fraternidad para hacer compartir estas respuestas.

Empecemos por el asunto principal: el paro. Los esfuerzos de los sucesivos gobiernos han sido y son importantes. Pero ya no podemos seguir apelando al crecimiento más elevado posible, el más rico en empleos, a costa, mientras tanto, de volver a la protección social. Este discurso ya no es creíble. Para reducir significativamente el paro habría que crear por los menos 300.000 puestos de trabajo anuales durante diez años. No lo hemos conseguido de forma constante durante los veinte años transcurridos, y las tendencias espontáneas de la economía no conducen a ello.

¿Entonces? Sin renegar en absoluto de todo lo que hemos hecho hasta ahora, está claro que la duración del trabajo es el único factor de equilibrio que permite reestructurar el empleo de forma duradera y en profundidad. Ahora bien, esto es exactamente lo que está bloqueado teniendo en cuenta que estamos en un ritmo de crecimiento del orden del 2% anual, menos que en los «gloriosos treinta» y aún menos que durante el resto del siglo.

Hay dos pistas falsas que debemos evitar: la de una sociedad a la americana que multiplicaría las chapuzas mal pagadas y se instalaría en una sociedad dramáticamente dual, y la de una sociedad de asistencia que penalizaría la economía y obstaculizaría el futuro. De este doble rechazo hay que sacar consecuencias políticas. Hacer de la reorganización del tiempo de trabajo el eje de nuestra voluntad, significa administrar de otra forma los innegables crecimientos de productividad. Esto, en concreto, significa una reducción del tiempo de trabajo unido a la organización del trabajo mismo. Esto significa otra concepción del tiempo de formación, en un reparto diferente entre formación inicial y formación profesional con derechos de reconversión a lo largo de toda

la vida activa. Esto significa la penalización, mediante cotizaciones con impuestos diferenciados, de jornadas laborales abusivas. En resumen, se trata de alentar, con medidas valientes en el terreno social, la creación de empleos en condiciones económicas serias.

Después de diez años, nuestras ganancias por productividad han sido superiores a las de Alemania; y, sin embargo, después de diez años, Alemania ha creado más puestos de trabajo. ¿Por qué? Simplemente, porque nuestros vecinos alemanes han efectuado un arbitraje distinto entre trabajo y paro, han asignado las ganancias de la productividad a la creación de puestos de trabajo más que al aumento de salarios. Nosotros todavía tenemos pendiente esta elección y hay que tener la lucidez y el valor de hacerla. Si no, sin esta solidaridad, ya no nos mereceríamos el nombre de socialistas.

Para este asunto fundamental como para todos los demás —la ciudad, la educación, la seguridad, la justicia, la jubilación, por no citar más que unos cuantos— no hay otra respuesta posible más que la voluntad política. Sólo ella, basada en la intervención necesaria del Estado y en las grandes tradiciones republicanas, puede trascender la suma de los egoísmos y la multiplicación de los corporativismos.

Sin duda, se califica con facilidad de corporativistas las reivindicaciones de los demás. El médico, que por otra parte se rebela con vehemencia contra la administración de los gastos de sanidad, protesta contra el piloto de Air Inter cuya huelga le impide partir de vacaciones en la fecha prevista. El piloto clama contra el camionero cuya barricada bloquea el acceso al aeropuerto, mientras que el camionero por su parte se indigna contra las barricadas de la carretera cuando las hacen los agricultores, y así sucesivamente. Cuando todos los corporativismos se dan la mano, a quien ahogan es a Francia.

***Si el Este tiene sus nacionalismos,
el Oeste tiene sus corporativismos,
y tanto los unos como los
otros son factores de
desmembramiento.***

Además, yo creo que simplemente es el miedo al futuro el que crispa a todo el mundo sobre los bienes adquiridos y el *statu quo*. La búsqueda de seguridad es comprensible, pero la seguridad jamás ha nacido del inmovilismo o del conservadurismo. Y seamos conscientes de que si el Este tiene sus nacionalismos, el Oeste tiene sus corporativismos, y que tanto los unos como los otros son factores de desmembramiento.

Y para coronar estos interrogantes, añadir a estas incertidumbres y hacerlas más complejas, resulta que Maastricht hace mover las líneas. Sin embargo, todo el mundo se dice europeo; incluso los que en realidad son hostiles a Europa no se atreven a admitir que lo son. Entre éstos se encuentran al menos dos categorías. Unos, los que confunden patriotismo y nacionalismo, son demasiado frioleros para abrir nuestras ventanas y quieren encerrarse en una Francia transformada en bunker. Los otros pretenden ser, en este punto, tan generosos que quieren dar al mundo entero y olvidan en el camino los medios para hacerlo.

Por el contrario, los verdaderos europeos saben dónde está nuestro futuro. Saben que Maastricht es un paso considerable hacia adelante. También saben que este Tratado aportará un mejor control político sobre lo que los órganos europeos tienen de hecho de demasiado lejano y de demasiado tecnocrático. Por último, saben que la moneda común puede aportar más crecimiento y, por tanto, más empleo y una mayor esperanza.

***Comprometerse con Maastricht
es comprometerse con una
Europa mejor integrada,
mejor controlada y más
democrática.***

No todos los verdaderos europeos son de izquierdas. Es cierto y es mejor así. Aunque hay que comprenderlo. Europa trasciende ciertas discrepancias, no las hace desaparecer. Europa garantiza la paz y crea las condiciones de la prosperidad. Sobre estos dos temas, yo no tengo ninguna predisposición, ningún escrúpulo en encontrar a nuestro lado gentes de todas las partes. El ideal de paz y la sed de prosperidad, afortunadamente, no son monopolio nuestro.

Pero cuando se va más allá de estos dos temas, cuando se abordan otras cuestiones igualmente importantes, como los instrumentos europeos de crecimiento, la emergencia de una voluntad política y de una conducción pública europea, la voluntad europea por lo social, entonces las discrepancias entre derecha e izquierda vuelven a tomar toda su fuerza, entonces la Europa que nosotros queremos deja de ser la misma que la que quieren los ultraliberales europeos.

Yo sé muy bien por qué quiero una Europa fuerte. Por supuesto que no es porque me guste la fuerza por la fuerza, el poder por el poder. Sino porque esta fuerza, este poder, nos darán al mismo tiempo el medio de defender y de extender nuestro modelo de protección social, pero también el medio de aportar a la humanidad que sufre toda la ayuda que necesite para su desarrollo y que sabe bien que no puede esperarla verdaderamente más que de nosotros, los europeos.

Ahora bien, al tratar de la voluntad política, de la solidaridad o de la ciudadanía,

nuestro combate no se acaba con Maastricht: no hace más que empezar. Comprometerse con Maastricht es comprometerse con una Europa mejor integrada, mejor controlada y más democrática.

Sin embargo, todo esto que a mí me parece muy claro, ha agitado muchos fantasmas. Se ha visto en tal o en cual reunión pública, en tal o cual convergencia, las premisas de una recomposición política, el esbozo de alianzas que no querrían manifestarse todavía. Seamos claros también en este asunto. El futuro de nuestras alianzas se rigen, a mi modo de ver, por una ley que incluye tres artículos. Artículo 1.º: la mejor alianza es la que tiene la fuerza de querer y no la obligación de sufrir. Artículo 2.º: actualmente somos minoritarios y necesitamos aliarnos con otros con los que estaríamos dispuestos a trabajar. Artículo 3.º: toda estrategia de alianzas reposa en unos principios y en un calendario.

Los principios son sencillos. No pedimos a los demás que dejen de ser ellos mismos, sino que tengan valores compatibles con los nuestros. Hoy en día hay tres asuntos que me parece que constituyen las discrepancias principales y, por tanto, los criterios de alianza: Europa, claro está, pero también la solidaridad y, finalmente, el papel del Estado. A mi modo de ver, por estos tres puntos pasan la frontera del futuro y la de las alianzas. Es en estos tres puntos donde creo que hay posibilidad de acercamiento con los defensores del realismo con los que cuenta el movimiento ecologista, con los fieles a una tradición social con los que cuenta el movimiento centrista, y con los verdaderos renovadores con los que cuenta el movimiento comunista.

E insisto, por lo que a mí respecta, en el hecho de que yo concibo esta estrategia de alianzas futuras como una marcha colectiva y no como una suma de pasos individuales. Pero a estos principios hay que añadir un

calendario. No nos equivoquemos: no es una casualidad que todas las recomposiciones que se han llevado a cabo hasta el presente siempre se han hecho con ocasión de una elección presidencial y jamás en otro momento. En las legislativas hay demasiadas situaciones personales en juego, demasiadas torpezas obstaculizan las verdaderas discusiones, demasiados interrogantes oscurecen lo fundamental. Por el contrario, la rigurosa simplicidad de la segunda vuelta de la elección presidencial, el carácter rígido de la elección alternativa coloca a cada uno ante unas responsabilidades que en otras ocasiones podría eludir.

Ahora bien, yo simplemente diría: ¡calma, calma! Todo lo que se pudiera decir de aquí a las legislativas sería forzosamente limitado y quizá discutible. Sí, tenemos que ampliar nuestras alianzas. No debemos realizarlas de cualquier manera. No, no podemos negociar una recomposición llevada a cabo para las legislativas. Sí, la cuestión de la recomposición se dilucidará, en el sentido que sea, con ocasión de la próxima elección presidencial.

Así lo quieren las instituciones. Así lo quiere la claridad de los principios. Y yo estoy seguro de que podemos alcanzar la unanimidad sobre estos diferentes puntos que considero claros y realistas. Eso nos será tanto menos difícil cuando, sobre los criterios fundamentales que he citado, el gobierno de Pierre Bérégovoy actúe con seriedad y eficacia. Los franceses saben agradecerse y su nivel legítimamente elevado en los sondeos no podrá más que beneficiar a los socialistas.

Tenemos la oportunidad de tener en nuestro seno militantes y cargos electos activos y queridos, responsables competentes y personalidades populares. Quizás demasiado incluso para el gusto de nuestros adversarios, que ya especulan sobre luchas fratricidas. ¡Qué mal nos conocen! Nos juzgan a su

imagen y semejanza. Como si nosotros, que nos conocemos después de tantos años, que hemos vivido tantos combates juntos y estamos unidos por una historia común que siempre nos ha permitido superar los desacuerdos momentáneos, pudiéramos comportarnos como unos Chirac y Giscard cualquiera.

No, esta cultura no es la nuestra y puedo decir desde ahora mismo a nuestros adversarios de derecha que pueden dejar de fantasear: cuando llegue el momento de vencerlos en 1995 tengo la tranquila seguridad de que todos nosotros estaremos unidos.

Ahora bien, nuestro porvenir inmediato quizá no sea demasiado halagüeño. Pero el futuro se nos abrirá a poco que nosotros también estemos abiertos. La moda es el conservadurismo. Pero la moda es cambiante. El socialismo ya no cuenta las pruebas históricas que ha tenido que superar y ha triunfado en todas. No porque seamos por esencia más inteligentes o más sabios que los demás, sino porque somos más solidarios y porque las victorias del egoísmo son siempre pasajeras.

Y esto forma parte de los mensajes que tenemos que dirigir al joven o a la joven de veinte años que yo evocaba al principio. A ese joven de veinte años le quiero recordar que tiene la oportunidad, que no tuvieron sus padres, de vivir en un país en paz y en libertad. Acordaos, amigos, hace exactamente cincuenta años, ocurrió la innoble redada del Vél d'hiv, 8.800 adultos y, por su-

Tenemos la oportunidad de tener en nuestro seno militantes y cargos electos activos y queridos, responsables competentes y personalidades populares.

***Los jóvenes tienen la oportunidad,
que no tuvieron sus padres,
de vivir en un país
en paz y libertad.***

gerencia francesa, 4.051 niños detenidos por funcionarios franceses. 4.051 niños deportados y asesinados todos, sin excepción. Y el que permitió esta redada no fue juzgado por ello. Nuestro país necesita ser lúcido en su memoria. Eso está más allá de las palabras y exige actos, y todos vosotros desearéis, igual que yo, que la justicia se pronuncie lo antes posible, no tanto para juzgar a un hombre como para ver a la Nación exorcizar, como es debido, los demonios del pasado.

Así pues, le digo a este joven de veinte años que los problemas que tiene pueden ser difíciles, pero que son mucho menores que si viviese en otra parte, tanto histórica como geográficamente.

A este joven de veinte años le digo también que el mundo de mañana no será mejor a menos que tome parte en el esfuerzo colectivo, como nosotros mismos lo hicimos y como lo hicieron nuestros antepasados.

A este joven de veinte años le digo diciendo que todo lo bueno que ha podido producir la historia de la humanidad ha llegado por un continuo combate en la larga cadena de generaciones a favor de la libertad, de la justicia y de la solidaridad.

A este joven de veinte años le digo, finalmente, que dependerá de él, más allá de enfados pasajeros contra todo gobierno, que el próximo siglo sea el del integrismo y de la violencia o el de la tolerancia y la paz. Dependerá de él que este siglo vea extenderse de nuevo los estragos del liberalismo económico o vea desarrollarse una sociedad solidaria en economía de mercado. Dependerá de él que Francia se muestre encastillada en sus egoísmos o resplandeciente en su generosidad.

En resumen, de este joven de veinte años, pero también de sus mayores y de todos nosotros, depende que la Francia y la Europa de mañana no sean solamente islotes de una prosperidad constantemente amenazada sino que se conviertan en lo que todos nosotros debemos exigir: la prefiguración de un mundo mejor organizado, más solidario, más justo, más libre y más próspero.

*Intervención ante del Congreso del
Partido Socialista Francés.
Julio, 1992.*